

Adiós, España



JESUS LAÍNZ
Adiós, España

Ed. Destino. Colección Imago Mundi.

Jesús Laínz ha escrito una obra monumental y no es extraño que haya invertido en su redacción siete años de continuo trabajo. Al levantar la vista de la última línea de las ochocientas treinta páginas de este esfuerzo notabilísimo de erudición desbordante y de análisis implacable y riguroso, el lector se ve invadido por la certeza de que no ha dedicado su atención a un libro más de los muchos que han abundado a lo largo del último cuarto de siglo sobre el problema nacionalista en España. Lo que Jesús Laínz ha conseguido en *Adiós, España* va más allá del habitual estudio histórico o de la conocida crítica política a los particularismos divisivos que corroen la médula de la nación desde hace más de cien años, para ofrecernos un auténtico volumen de referencia. Los numerosos autores que se han enfrentado a la cuestión nacionalista en nuestro país desde que recuperamos la democracia a finales de los setenta han tratado con acierto desigual y desde

distintas perspectivas ideológicas los más diversos aspectos de este trascendental asunto, y en la extensa bibliografía generada por tema tan acuciante destacan nombres como Andrés de Blas, Antonio Elorza, Jordi Solé Tura, Jon Juaristi, Juan Aranzadi, Mikel Azurmendi, José Álvarez Junco, Enrique Ucelay-Da Cal, Juan Pablo Fusi, Joan Lluís Marfany, Javier Tusell, Jaime Ignacio del Burgo y César Alonso de los Ríos, en una larga lista de estudiosos, periodistas, juristas y políticos que se han afanado en entender, describir, apoyar o denostar a nuestros profesionales de la centrifugación. Ahora bien, Jesús Laínz ha intentado y llevado a buen término una empresa que era tan necesaria como inaplazable: la redacción de un completo y sistematizado compendio de las mentiras, fantasías y falsedades en las que los nacionalistas se han basado a partir de los impulsos seminales de Sabino Arana, Enric Prat de la Riba y Manuel Murguía para construir ese arte-

facto irracional, destructivo y delirante que amenaza nuestro futuro y nos ha costado ya demasiada sangre inocente. La aportación impagable de Jesús Laínz a la comprensión y evaluación del fenómeno nacionalista en el País Vasco, Cataluña y Galicia consiste en la disección minuciosa y despiadada de todos y cada uno de los mitos, leyendas, deformaciones, inexactitudes o puros y simples engaños que los forjadores de esa doctrina han ido elaborando con paciencia de araña, astucia de serpiente y crueldad de hiena hasta tejer una malla tupida y asfixiante en la que tantas gentes de buena fe han quedado aprisionadas en el convencimiento patológico de que pertenecen a pueblos oprimidos que requieren ser liberados, cuando la realidad es que disfrutan de la ciudadanía de uno de los Estados más impecablemente democráticos, descentralizados y socialmente avanzados del planeta.

El recorrido en el tiempo al que nos invita *Adiós España* comienza en la Edad Antigua y se detiene en la actualidad más candente en el momento en que el libro fue entregado a la imprenta el año pasado. Es tal la precisión de los datos y la solvencia de las fuentes utilizadas por Jesús Laínz que hay pasajes que se transforman involuntariamente en un ejercicio de humor, tal es el contraste hilarante entre determinadas afirmaciones de los nacionalistas y la realidad probada por la evidencia historiográfica. Los eficacísimos resultados que pueden obtener los nacionalistas gracias a su absoluta carencia de escrúpulos intelectuales y morales por una parte y la ignorancia y credulidad de sus víctimas

por otra, despierta, tras leer *Adiós España*, una mezcla incontenible de indignación y alarma en cualquier persona sensata que se acerque a su contenido. El invento de la indomabilidad de los vascos, jamás conquistados por romanos, visigodos o musulmanes, la auténtica naturaleza de los Fueros, que nunca tuvieron el carácter de pacto entre iguales que los nacionalistas y su esbirro académico Miguel Herrero pretenden, la aparición de una conciencia común de España desde los albores de la Baja Edad Media, la imaginaria batalla de Arrigorriaga, el esperpento del duende Culebro, la supuesta hidalguía universal, la sonrojante tontería del tubalismo, el papel de enorme relevancia que los vascos desempeñaron siempre en la Monarquía hispánica, la falta de fundamento de la reivindicación de Navarra como parte de un imaginario solar vasco, la clamorosa desconexión entre el carlismo y el nacionalismo, la personalidad psicopática, racista y fanática de Sabino Arana, la inconsistencia del paralelismo irlandés, el origen partidista de la simbología actualmente atribuida a ese ente llamado Euskadi y la actitud cobarde y traicionera del PNV durante la Guerra Civil, son otros tantos puntos magistralmente tratados en *Adiós España*, demostrando de forma irrefutable que todo el edificio nacionalista es un castillo de naipes que se viene abajo en cuanto se le contrasta con las pruebas proporcionadas por la historia objetivamente considerada.

Aunque la parte dedicada a Cataluña y Galicia es de mucha menor extensión que la que centra su atención en el País

Vasco, los respectivos capítulos cubren muy satisfactoriamente los principales hitos del imaginario nacionalista en aquellas Comunidades. Así, Jesús Laínz liquida con unas cuantas pinceladas diestramente trazadas la absurda evocación de un medieval Estado catalán independiente que por supuesto jamás vio la luz, la trola del origen catalán de la enseña cuatribarrada, el ridículo planteamiento de que la lengua castellana ha sido en Cataluña y Galicia un idioma ajeno impuesto por la fuerza, el insostenible mito céltico de los galleguistas, la interpretación de la Guerra dels Segadors como una lucha por la independencia del Principado, la transformación milagrosa de la Guerra de Sucesión en otro combate entre España y Cataluña, la deliberada omisión por parte de la historiografía nacionalista del entusiasmo patriótico español de los catalanes durante la sublevación contra el invasor napoleónico y del heroísmo de los voluntarios de Prim al servicio de la Corona española en las operaciones militares en Marruecos en 1859, la presentación de la Cataluña del cambio de siglo tras el Desastre del 98 como la avanzadilla modernizadora, europea e industrial del régimen de la Restauración dentro de una España caciquil, agraria y retrógrada y el clamoroso pucherazo del referendo sobre el Estatuto de Autonomía de Galicia en 1936.

Pero donde *Adiós España* alcanza mayores niveles de lúcida y valiente denuncia es en la parte en la que expone la estrategia conjunta de los movimientos secesionistas vasco, catalán y gallego en el intenso período que va desde la

transición hasta 2004. Es en estos capítulos finales cuando la pluma de Jesús Laínz se transforma en un escalpelo afilado que pone al descubierto la podredumbre ética de los cultivadores de una doctrina que vive de alimentar la separación frente a la unidad, el rencor frente a la fraternidad y el conflicto frente a la armonía. La miseria axiológica del nacionalismo y su perversidad intrínseca emergen inocultables de los diáfanos y sólidos argumentos con los que el autor de esta valiosísima contribución al que es por desgracia nuestro principal motivo de angustia y de debate en el inicio del siglo XXI, nos demuestra resueltamente que únicamente la verdad, por dolorosa e incómoda que resulte, es la medicina invencible contra los enemigos de la libertad.

ALEIX VIDAL-QUADRAS

RESEÑAS

Comunismo y nazismo

ALAIN DE BENOIST

Comunismo y nazismo

Editorial Áltera, 2004.

Lo anticipaba Oriana Fallaci en su texto más leído y más incendiario: «Si en Europa ocurriera lo mismo que en Manhattan, el responsable sería el Gobierno, no los terroristas». La mentalidad que da fruto en esas actitudes de nihilismo contra la propia civilización arranca de una

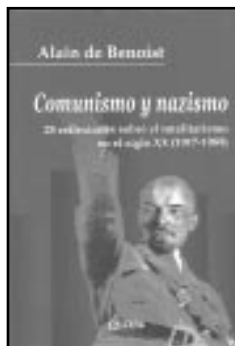
visión del mundo que todavía no ha perecido, pese a caer el muro de Berlín en 1989.

Son muchos los que se preguntan cómo es posible justificar cualquier forma de terrorismo y hacer de ello un elemento de acción política.

Alain de Benoist nos facilita muchas respuestas para entender el alma totalitaria que permanece enquistada en buena parte de las sociedades europeas. Su obra traducida recientemente al español —*gracias a la Editorial Áltera y al trabajo de Javier Ruiz Portella y José Javier Esparza Torres*— proporciona al lector numerosas claves para entender el porqué de que se sigan disculpando muchos crímenes, de que se siga dialogando con quien nunca tendrá la libertad, ni los valores profundos de la persona como eje de la vida en comunidad.

Cierto es que España tiene una gran deuda con este intelectual. Su ingente obra apenas ha tenido reflejo editorial en nuestro país. Sólo la editorial Planeta, en 1982, publicó *La Nueva Derecha*. Y años más tarde, en 1986, la editorial ya desaparecida Nuevo Arte Thor, la compilación de artículos *Las ideas de la Nueva Derecha. Una respuesta al colonialismo cultural*. Al margen de esas obras, Alain de Benoist ha sido traducido, entrevistado, comentado y citado con profusión en una de las Revistas de mayor altura intelectual en España —cuya desaparición en el 2000 fue lamentada por no pocos—; nos referimos a *Hespérides*.

Pero esta traducción que Áltera ha lanzado, puede empezar a hacer justicia sobre una de las mentes más preclaras en el campo intelectual europeo. Un



intelectual que desde 1968 está combatiendo esa forma de pensamiento único y uniformizador que ha llevado a tanta sequía espiritual y a un nihilismo sin esperanza. Alain de Benoist obtuvo en 1978 el Gran Premio de Ensayo de la Academia Francesa. Director de revistas como *Nouvelle Ecole* y *Krisis*, ha inundado el mercado con ensayos sobre todas las cuestiones de actualidad en un afán de reactualizar el pensamiento griego, el nominalismo y la identidad de Europa. Su obra, polémica y valiente, ha sido en numerosas ocasiones silenciada, manipulada y acusada de servir de armazón intelectual a ideologías con las que él —curiosamente— jamás se ha alineado ni defendido.

Polémico. Inteligente. Dueño de una cultura vasta y profunda. Muchos encontramos en él, en su discurso, el sabor de aquellos «Maestros» que Ortega y antes los regeneracionistas anhelaban para las juventudes.

El libro editado por Áltera, *Comunismo y Nazismo* nos arroja violentamente sobre la reflexión de por qué el comunismo ha tenido una imagen bondadosa y hasta benefactora cuando se ha sabido que fue responsable de la muerte de cien

millones de seres humanos. Alain de Benoist no coloca en una balanza los dos totalitarismos del siglo XX para determinar de qué lado se inclina el fiel. No pretende un juicio sobre ellos. Pero nos va desgranando reflexiones: «*Tenemos derecho a preguntarnos por qué el hecho de matar en nombre de la esperanza en «alegres amaneceres» es más excusable que el asesinato vinculado a una doctrina racista»*. Reflexiones que se sumergen en la cuestión moral más pura: «*Hacer el mal en nombre del bien no es mejor que hacer el mal en nombre del mal»*. Benoist formula preguntas sobre los «paraísos» que prometían aquellos totalitarismos, «*¿Cómo ha sido posible perseguir en nombre del bien, abrir campos de concentración para liberar al hombre e instaurar el terror en nombre del progreso? ¿Cómo la esperanza ha podido virar hacia la pesadilla?»* La raíz desnuda de ese nihilismo mostró su faz siniestra en el temprano año de 1919: «*Nuestra moralidad no tiene precedente, nuestra humanidad es absoluta, porque descansa sobre un nuevo ideal: destruir cualquier forma de opresión y violencia. Para nosotros todo está permitido, pues somos los primeros que en el mundo han levantado la espada no para oprimir y esclavizar, sino para liberar a la humanidad de sus cadenas. [...] ¿La sangre? ¡Que la sangre corra a mares!*». Palabras del órgano de la Checa de Kiev. Después de aquello y hasta 1989, *cientos millones de muertos por la causa de Lenin y Stalin*. Esta cifra objeto de un riguroso estudio de un grupo de historiadores en Francia bajo la dirección de Stéphane Courtois vio la luz bajo

el título *El libro negro del comunismo* en el 80º aniversario de la Revolución de Octubre. Aquí, en España, fue editada por Espasa Calpe en 1998, pero como es habitual, pasó de puntillas.

Benoist denuncia con valentía las incoherencias de una sociedad que puede denostar a Celine, Drieu la Rochelle o Leni Riefensthal, pero que se rinde en éxtasis ante los poemas de Pablo Neruda, Bertolt Brecht.

Nadie ha querido hacer de los campos de concentración soviéticos museos para defender la causa de la libertad. Al contrario, la obra de Alexander Solzhenitsin ha sido denostada y en nuestro país, tachado de «fascista»...

Por poner un ejemplo de esta mentalidad, en fecha reciente fue estrenada una película en España basada en una novela de Josef Martin Bauer, *Tan lejos como los pies me lleven*. El argumento, un soldado alemán es reclutado para ir a luchar al frente del Este. El soldado, profundamente católico, es despedido por su hija y su esposa, que le anuncia su estado de buena esperanza. Él promete volver por Navidad. Es apresado y pasa ocho largos años en campos de concentración en Siberia. Su fe, las plegarias de su hija a la Virgen pidiendo por el regreso de su padre al hogar, y el coraje de afrontar un largo camino de huida le acaban devolviendo a Alemania tras un sinnúmero de penalidades. Esta película ha pasado totalmente inadvertida en España. Fue proyectada únicamente durante tres meses en un cine de Madrid en versión original con subtítulos. El hecho del catolicismo del protagonista, de la descarnada maldad de los campos soviéticos, la hicieron

acredora del más injusto de los silencios... Ésa es la victoria del comunismo intelectual que domina las claves de las sociedades occidentales modernas.

La hermosa lección del libro de Alain de Benoist es que se trata de un alegato valiente a favor de la Libertad profunda del Hombre. Frente a los mercaderes de paraísos, frente a los asesinos de todas las dignidades.

Hoy, un fantasma amenaza a las sociedades libres, de nuevo. El «antifascismo» que ya no tiene enfrente un enemigo gemelo, ha dirigido toda su instrumentación contra las democracias occidentales. Causas como la antiglobalización, los pacifismos que quebraron hasta la exasperación, han provocado que Occidente se enfrente a Occidente –como nos describía André Glucksmann en su última obra. Y la cita no es baladí, Benoist termina su obra con un aserto: «*No hay peor error, para un observador, que el de equivocarse sobre el momento histórico que es el suyo*». Porque si fascismo, antifascismo, comunismo y anticomunismo comparten una misma nostalgia y una misma incapacidad para analizar el presente, es porque forman parte de una etapa que concluyó en 1989. Y quienes caminan en el siglo XXI con la vista puesta en el pasado, queriendo ver el futuro como una repetición, serán incapaces de entrever las nuevas formas del totalitarismo que se pueden presentar.

Benoist nos sirve un escenario de coraje para la denuncia. Frente a la «memoria histórica» de los que, de forma orwelliana, quieren cambiar el pasado para dominar el presente y el futuro.

Atreverse a ver el comunismo y el nazismo como formas del nihilismo, tomar conciencia de ese vacío, es situar la raíz del problema de la libertad en su justo término.

CARLOS MARTÍNEZ-CAVA ARENAS

The Case for Democracy

NATAN SHARANSKY

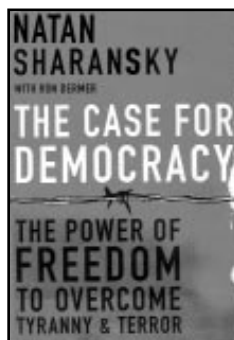
The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror.

Nueva York, Public Affairs, 2004.

Es poco probable que un ensayo político se vea catapultado a la fama por el hecho de que un presidente de gobierno recomiende su lectura encarecidamente. Pero eso precisamente es lo que ha ocurrido con el último libro de Natan Sharansky, *The Case for Democracy*. El Presidente George W. Bush, quien recibió la obra de Sharansky a través de un buen amigo, declaró en una entrevista a comienzos de noviembre: «Si quiere tener una idea sobre cómo veo yo la política internacional, lea el libro de Natan Sharansky». En diciembre no quedaba un solo ejemplar en las librerías de la capital americana y Amazon no podía dar abasto a los encargos del mismo. Como cuenta el propio Sharansky, a mediados de noviembre, aprovechando una visita

suya a Washington para hablar en el American Enterprise Institute, fue invitado a la Casa Blanca. Al llegar, camino de las dependencias del presidente, le recibió afectuosamente la todavía asesora de seguridad nacional, Condoleezza Rice. Llevaba un ejemplar de su libro bajo el brazo. Rice le preguntó, «¿Sabe usted por qué estoy leyendo su libro? Lo leo porque el presidente lo está leyendo y es parte de mi trabajo saber en qué piensa mi presidente».

A decir verdad no es de extrañar que el ensayo de Sharansky le haya entusiasmado al presidente Bush ni que le haya gustado también, por poner otro ejemplo, a José María Aznar. *The Case for Democracy* es, ante todo, un canto a favor de una política exterior moral, construida sobre unos valores y principios claros y rotundos, sobre los que no cabe ni vacilación ni chalaneo. Sharansky está bien preparado para hablar en primera persona de la libertad y el respeto a la dignidad humana como aspiraciones universales. Encarcelado durante nueve años en la Rusia soviética, tras un juicio sin garantías y una deportación rápida al gulag siberiano, fue liberado gracias a la presión internacional y a una gestión directa del presidente americano Ronald Reagan sobre Mijail Gorbachov. De hecho, fue el primer prisionero político liberado de las cárceles de la KGB tras el arranque de la *perestroika*. Tras sus años de suplicios, de los que da buena cuenta en otra obra suya anterior a esta que comentamos, *Fear no Evil*, pero de no menor importancia, Sharansky



marchó a Israel, donde ha ocupado diversos puestos de responsabilidad, muy particularmente el ministerio sin cartera para la emigración de la diáspora judía hacia Israel, con gobiernos tan distintos en su color político como el de Ehud Barak, Benjamín Netanyahu y Ariel Sharon. Como él mismo escribe en su libro, él nunca se ha planteado las opciones en términos de izquierda y derecha, sino entre lo correcto y lo equivocado.

De hecho, el reto que plantea este nuevo libro de Sharansky es la necesidad imperiosa y actual de las sociedades democráticas occidentales de encontrar la claridad moral para ver el mal. Salir de equívocos, confiar en el cambio, mantener una fe inquebrantable en la victoria del bien sobre el mal en todas sus expresiones. Esa es la base de la obra de Sharansky.

Sharansky basa sus razonamientos en dos supuestos complementarios que conforman toda la obra: en primer lugar, que cuando se permite a las personas elegir entre la tiranía y la libertad, la gran mayoría elige vivir libremente. Es decir, que la aspiración a ser libres y vivir en democracia —el sistema político que

mejor garantiza la libertad de los individuos hoy por hoy— es una aspiración universal e independiente, por tanto, de credo, raza o distribución geográfica. La segunda idea, que la libertad cuenta con una fuerza y un atractivo tal que es el mejor instrumento de transformación social que pueda conocerse. Sharansky divide a las sociedades en dos categorías, las sociedades del miedo y las sociedades de la libertad. Para saber en cuál de ambos tipos uno está viviendo, él propone aplicar el «test de la plaza mayor» y que básicamente consiste en determinar si una persona puede acercarse hasta la plaza de su pueblo y decir en voz alta todo lo que piensa, libre de miedos y sin que su acción le acarree el encarcelamiento, la exclusión o el exilio, entre otros males. Por no hablar del riesgo sobre su propia vida.

Pero lo mejor del libro de Sharansky es su idea-fuerza de que las sociedades libres pueden ayudar y contribuir decisivamente a transformar las sociedades del miedo en sociedades democráticas. Es impactante el relato que hace de su encarcelamiento, cuando un día sus carceleros le dejaron leer el periódico oficial *Pravda*, donde en portada denunciaban a Ronald Reagan por haber llamado a la URSS el «imperio del mal». Ese día sus precarios medios de comunicación (cañerías y retretes vaciados de agua) no pararon de expresar su alegría, porque, por fin, alguien tan importante para el mundo como el presidente americano comenzaba a llamar las cosas por su nombre verdadero. El libro, además, trata en extenso el caso de Israel y la imposibilidad de hacer

avanzar la democracia en Palestina con Arafat, así como del caso de Irak, que para el autor, gracias a la intervención militar, hoy está mucho más cerca de ser una sociedad libre que cualquiera de sus vecinos árabes.

Por último, —y quizá sea este punto el de mayor atractivo para gentes como Bush—, según Sharansky no es que solamente las sociedades libres puedan contribuir a la extensión de la libertad en el mundo, sino que tras los ataques del 11-S y la amenaza que supone el terrorismo islámico, la jihad islámica, es mucho más que un imperativo moral lo que está en juego, es la propia supervivencia del mundo occidental y democrático. La extensión de la democracia es la única alternativa política al terror, puesto que son las sociedades del miedo, la tiranía y la opresión, las que generan la violencia y el resentimiento hacia nuestros valores, nuestros sistemas de vida y, en última instancia, contra nosotros mismos. De ahí el título de la obra, *The Case for Democracy*, esto es, en defensa de la democracia. Para el autor, «promover la paz y la seguridad está conectado vitalmente con la promoción de la libertad y la democracia». Dejar intactos los regímenes teocráticos y totalitarios o tiránicos ya sabemos el resultado que da: opresión, inestabilidad y terrorismo. En palabras de Andrei Sajarov, a quien tanto ayudó Sharansky en la URSS, «un país que no respeta los derechos de su propia gente, no respetará los derechos de sus vecinos tampoco». Si tuviéramos que parafrasearle, podríamos decir ahora que una sociedad que no respeta

la vida de sus miembros, sino que promueve el martirio suicida, no va a respetar la vida de los demás, es decir, de nosotros. Por eso la importancia de transformar estas sociedades y, en el caso del terrorismo islámico, el mundo árabe en primer lugar.

El libro de Sharansky no es sólo de lectura obligada para los americanos. El presidente Aznar también lo ha recomendado con entusiasmo. Y es que hay muchas lecciones a entresacar para nosotros, los españoles. Y no sólo sobre el terrorismo. Por ejemplo, esta obra es el mejor alegato en contra de la idea del presidente Zapatero de la Alianza de Civilizaciones, visión que en lugar de promover el cambio y la libertad, fija la opresión, la teocracia y la tiranía allí donde hoy impera, justificado porque el mundo musulmán cuenta con «otros valores», «otra civilización». Por no hablar de la ignominiosa retirada de Irak de la que el actual presidente se sigue vanagloriando, y que, a la luz de la obra de Sharansky, no fue más que un abandono de la batalla por la libertad y la seguridad.

En fin, este ensayo no sólo encierra las ideas más acertadas de los últimos tiempos, sino que gracias a la colaboración estilística de Ron Dermer, un experimentado columnista del *Jerusalem Post*, está escrito con fuerza y brillantez. Hay que esperar que pronto vea la luz en castellano para todos aquellos que no se atrean con su versión en inglés. Merece la pena.

RAFAEL L. BARDAJÍ

El misterio del Europeísmo español

MIGUEL ÁNGEL QUINTANILLA NAVARRO

El misterio del europeísmo español. Enjambres y avisperos.

Ed. Síntesis. Madrid, 2005.

Es característico de la política española que el europeísmo—concepto no siempre bien definido— apenas se discute. Si en la mayor parte de los países europeos existen partidos, más o menos minoritarios pero con representación parlamentaria, que critican el llamado proceso de construcción o integración europea, el caso español es diferente. De hecho, existe en el Parlamento Europeo un grupo «euro-escéptico» en el que por supuesto no está incluido ningún diputado español. Miguel Ángel Quintanilla Navarro analiza el fenómeno del europeísmo español que califica, directamente desde el título, de misterio. El misterio consiste básicamente en la práctica unanimidad que ha habido en las Cortes Generales a la hora de votar la ratificación de los distintos y sucesivos tratados europeos cuando—como el autor expone— la idea europea de los diferentes partidos es en algunos casos muy diferente. De hecho, se ha llegado a afirmar la existencia de un consenso europeo en la política española. Por otra parte, y según los estudios demoscópicos, el europeísmo de los españoles, a diferencia del de sus políticos, no es extraordinario, en el sen-

tido de que no lo es mucho más que la media europea y lo es menos que el de otros países donde sí existe discusión y discrepancia política sobre Europa.

Siguiendo el análisis de Quintanilla se irá viendo cómo esa unanimidad responde fundamentalmente al voto, pero no a la idea que cada partido tiene de cómo debe ser Europa. Sólo en el caso muy reciente del Tratado Constitucional se ha producido una discrepancia abierta a la hora de pedir el voto de los ciudadanos. Bien es verdad que, a diferencia de otros países, éste es el primer referéndum europeo celebrado en España.

Entre las pistas que sigue el autor para explicar el misterio del europeísmo está la relación entre el proceso constituyente de 1978 y la adhesión a las Comunidades Europeas. Y concluye que no existe una relación positiva, puesto que la pertenencia a la UE contrae y altera el bloque de constitucionalidad, sin consolidarlo o reforzarlo. Al contrario, el sistema político del 78 se ha visto transformado «profunda y gravemente, sin que por ello se hayan producido protestas de los grupos o partidos que, en principio, han sido más perjudicados por esa transformación».

Otra de las pistas que rechaza Quintanilla es la tesis propuesta por los revisionistas de la Transición. Según ellos, el voto izquierdista y nacionalista se produjo bajo la misma coacción militar que no permitió la ruptura democrática. El autor rechaza esa tesis y relaciona más bien la moderación con la presión de los ciudadanos, que se decantaron por ella ya a partir del referéndum de la reforma en 1976.

Para poder llegar a la solución del misterio, Miguel Ángel Quintanilla continúa



con el análisis de las diversas posiciones políticas de los grupos políticos españoles respecto a la Unión Europea. Por un lado el europeísmo «ortodoxo» del centro derecha y del centro izquierda. Se trataría del europeísmo representado en su día por UCD y AP y posteriormente por el PP. Se trata del que defiende los compromisos ideológicos originales de la Unión Europea, tanto dentro del atlantismo como con la economía libre de mercado y la democracia liberal. Asimismo este europeísmo defiende el mantenimiento de la soberanía de los Estados miembros en los asuntos esenciales.

A este europeísmo se sumó el PSOE a partir de 1985, con la sustitución de Fernando Morán por Francisco Fernández Ordóñez en el ministerio de Asuntos Exteriores, pero se separaría de él progresivamente desde 1996 y más claramente desde 2000, hasta volver a lo que Quintanilla denomina «paleoeuropeísmo». Éste vendría a coincidir con el que había defendido hasta 1985 y que coincide con el del PCE. El europeísmo de la izquierda radical es partidario del proceso constituyente europeo, hacia una unión federal, como instrumento para la realización del socialismo. Desde su pun-

to de vista, sólo un poder europeo centralizado y fuerte podría controlar el poder económico del capital monopolístico. Un tercer europeísmo sería el de los partidos nacionalistas, para quienes lo esencial es la ruptura de los Estados nacionales, diluidos en una Europa de los pueblos. Para Quintanilla el misterio queda resuelto al concluir que cada grupo político habla de algo diferente al referirse a Europa. Algunos con su voto positivo no se adherían a la Europa «real» sino a la que deseaban, por alejada que estuviera, puesto que entendían que aceptando un nuevo tratado se acercaban a ella. «En la teoría política de las diferentes ideologías españolas la UE ha sido un 'concepto comodín', al que cada jugador puede atribuirle un valor diferente según las cartas que juega y siempre para conferir valor final al conjunto. Por eso todos lo han deseado y apreciado, y sólo lo han rechazado cuando ha adquirido un valor incompatible con los naipes de que disponían».

Especialmente negativa resulta la apreciación del autor respecto a la relación entre europeísmo y consenso constituyente: «Cada partido ha diseñado una Unión Europea que le permite recuperar, mediante el proceso de integración (...), el programa máximo al que renunció».

Si las dos primeras partes de la obra se dedican al estudio del misterio del europeísmo español, la tercera las complementa tratando en detalle el proceso por el que se pasa del Tratado de Niza (tan favorable a los intereses españoles) al Tratado Constitucional aún no ratificado. Explica con gran claridad cómo la Convención presidida por Giscard (quien siendo presidente de Francia había blo-

queado la adhesión de España) se apartó conscientemente del mandato de Niza para simplificar los Tratados y decidió impugnar los acuerdos de reparto del poder. Asimismo describe cómo la firmeza de José María Aznar en el Consejo de Bruselas (diciembre de 2003) dio paso en el verano de 2004 a la cesión a las presiones francoalemanas por parte de Rodríguez Zapatero.

Sobre el nuevo Tratado es difícil decir más en menos palabras: «actúa como si fuera una Constitución, o peor aún, un poder constituyente permanente en el tiempo, indefinidamente disponible para las instituciones de la Unión, que cada vez que aprueben algo sabrán que gestan una norma superior a cualquier Constitución nacional. Y al hacerlo así, se emplea la vieja y nociva tradición jacobina propia de la política francesa de los últimos cincuenta años, el trágico deseo de poner al servicio de uno o algunos Estados, el conjunto del proceso de integración europea. (...) Una Unión Europea abiertamente antiamericana (...) y 'privilegiada', es decir, orientada a garantizar un uso privado de las leyes europeas, más favorable para Francia y para Alemania que para el resto de los Estados europeos».

Quintanilla advierte a quienes hacen uso de la demoscopia para orientar las políticas europeas, que la inmensa mayoría de los españoles, según las encuestas, desea que la última palabra en los asuntos que afectan a España la tenga siempre el gobierno español. A muchos sorprenderá que el 80% de los españoles cree necesario proteger los productos nacionales de la competencia de los

demás países europeos. Asimismo la mayoría de españoles cree que España aporta al presupuesto español más de lo que recibe. Nos encontramos por tanto ante una opinión pública profundamente desconocedora de lo que significa nuestra pertenencia a la Unión Europea. Pero hay cosas que los españoles tienen muy claras: menos de un 5% desea ser ciudadano europeo si ello implica merma de su condición de español.

El autor, frente al proceso de integración europea, considera que lo que debe preocupar no es la demarcación territorial en que rijan los principios, sino su propia vigencia. Por tanto, si el europeísmo los debilita no debe aceptarse. Así, el sistema debe mantener su carácter democrático, liberal y plural, «además de respetuoso con la historia política de cada asociado».

Desde el principio de este libro queda patente la capacidad didáctica de su autor, que constantemente busca la aproximación y por tanto la comprensión de sus lectores. Creo que lo consigue sobradamente, sin perjuicio del rigor y de la calidad del texto. Ésta es una obra oportuna y necesaria, que aporta reflexiones y análisis muy poco comunes en el ensayo político español. Para todo aquél que quiera pensar Europa de una manera poco correcta políticamente, saliéndose de los estrechos márgenes habituales, se trata de un libro imprescindible.

El autor, Miguel Ángel Quintanilla Navarro, es miembro de la redacción de esta revista.

IGNACIO FERNÁNDEZ BARGUES

Notas para una biografía

ARCADI ESPADA

Josep Pla. Notas para una biografía.

Omega Vidas literarias. 2005. 263 páginas.

Esta es la historia de un señor, Josep Pla (Palafrugell 1897-Llofríu 1981), que en sus libros parece que se nos pone lírico, pero acaba comparando el desfloramiento de los almendros con el vacío fundamental que sintió una vez en Cerdeña cuando le robaron la cartera. Un señor que, no obstante, dijo de sí mismo: «Yo tiendo en público, o cuando escribo, a combatir el sentimentalismo por pornográfico y anti-higiénico, pero lo cierto es que, personalmente, soy una especie de ternero sentimental evanescente». Un señor que no paraba de liar cigarrillos junto al fuego en busca de un adjetivo, por ejemplo para la luz de la mañana, pero que de viejo se evocaba universitario «ya tan realista y materialista como ahora –quizá más que ahora–». Este señor, en fin, que en las entrevistas despejaba preguntas sobre el amor por considerar que eso era un disparate ajeno, pero que en un cuaderno sesentón escribió que se había dormido «durísimo», o sea, erecto.

Se lo pasa uno muy bien leyendo este libro: si ya se conoce a Pla, porque se le reconoce en planos más hondos y escorzos imprevistos; y si no se le conoce, porque se le descubre y dan ganas de conocerlo. Por usar una terna de adjetivos, como era clásico en el estilo de

nuestro señor ampurdanés, diremos que este libro es amenísimo, magnífico, certero, pues en él, desenvainado, a punta de Espada se nos entrega a Pla, en una esgrima literaria cuyo desenlace es, una vez exhibido Pla, el deseo de leer también más a Espada.

El libro se estructura en dos partes. La primera parte corresponde a los comentarios que hace Arcadi Espada al hilo de unos diarios de Pla de los años 1965, 1966, 1967 y 1968. La segunda parte es una selección de textos de Pla: «Un infarto de miocardio» (del libro «Notas para Silvia») y un fragmento del libro «Notas del crepúsculo», obras, ambas, de senectud. Espada, cuya excelencia como ensayista no es preciso subrayar, advierte en el prólogo: «Este libro pretende ser lo que indica su título. Unas notas para la biografía, aún inexistente, de Josep Pla». Sin embargo, sus páginas son mucho más que una notaría de vivencias de Pla, porque, aparentemente limitadas entre las orillas de unos apuntes autobiográficos, atraen todo el caudal de una vida y acaban por darnos el río completo del personaje. No sólo esto: Espada nos guía de tal modo corriente abajo, que cuando llegamos a la parte segunda, o sea a los textos del propio Pla crepuscular, tenemos la sensación de que nos había mostrado todo ese paisaje para que disfrutáramos mejor del momento en que el protagonista nos revela por propia mano su desembocadura: infartado, pero sano de pura libertad: «He tratado de ser un hombre libre y, por el momento, dentro de mi absoluta limitación, lo he logrado. ¿Existe acaso mayor fortuna?».



«Es evidente —escribe Pla— que la cosa que me ha apasionado —hasta el delirio— ha sido mi oficio. Lo he sacrificado todo a mi oficio, pero puede que aún haya habido una cosa que me ha apasionado más: mi libertad privada, íntima y pública. Comparado con esto, todo el resto lo doy por una pipada de tabaco». Espada, tan amante como exigente con uno de sus maestros, se apresura a raspar la palabra «delirio», porque en el vocabulario planiano «los delirios suelen ser siempre de los otros». Más sensual que moral, fruto «del gusto de masticar las palabras y de infligirles obstinados tocamientos», la obra de Pla alcanzó las treinta mil páginas encuadernadas, luego de atravesar la censura de Primo de Rivera, la censura fascista de Italia y de Alemania y la censura de Franco (después de la intimidación de la República). Por lo demás, «Pla fue desde su juventud un catalanista moderado que osciló entre la seducción intelectual y política de Acció Catalana y la seguridad ideológica y práctica de la Lliga de Cambó». «Durante la guerra civil tomó partido por los franquistas y trabajó a sueldo de Francesc Cambó (...). Pero

está muy lejos de aplaudir el régimen que surgió de la Victoria».

Los tres fenómenos permanentes en el diario de Pla del que se vale Espada son estos: el aspecto del cielo, la calidad de los alimentos, la obsesión de Aurora. Es Aurora (A. en el diario) a quien recordaba Pla al declararse «durísimo» cuando se duerme aquella madrugada... Pero muchas otras veces esta mujer le quitará el sueño: «No he dormido un solo momento en toda la noche. Taquicardia, fatiga del corazón, erotismo». La vida de un viejo colgada todavía del sexo, como comenta Espada, que da noticia cabal de la personalidad de A., Aurora Perea Mené, con la cual vivió Pla en algunas localidades ampurdanesas y a la que visitó allende el mar –y tocó los «maravillosos muslos»– cuando ella se fue a América, cincuentona de buen ver, mejor tocar y caliente hablar, esposa de un setentón en una casa mísera y llena de animales, con el suelo cubierto de papel de periódico para las deposiciones, en Buenos Aires. «Escribo en verde», anotaba el señor Josep al referirse a A.

Un día de sol, sin nieblas. Copiemos medio al azar una frase cualquiera del diario de Pla de esa fecha: «A las diez me hago un revoltillo de dos huevos, tomates y calabacín, que resulta excelente». Y ahora veamos lo que inmediatamente, a continuación, escribe Espada: «Se cumplen las condiciones básicas de la vida: la soledad elegida, con el eco aún de las voces de anoche (resaca de una fiesta en multitud, lo cual le agradaba); el clima tónico y los alimentos frescos, bien cocinados...». Con trampolines como ése, en

apariencia triviales, Arcadi Espada salta por encima de la anécdota para encajar cada detalle en el cuadro de una vida y darnos una visión cenital. Sobrevolamos con él, así, la biografía. Trae el autor en el pico una ramita de aquí, otra de allá, y al final resulta que hemos visto casi entero el árbol de Pla.

Sus grandes viajes, que duraron décadas. Su retirada a la casa de Llofriu después de la Guerra Civil –hasta la muerte–, y allí, sin más compañía que la de una sirvienta, el memorialismo, la morosa reescritura. La memoria de una educación fría, si bien caldeada por los pucheros de una madre que «educó su boca». El whisky. Baroja, Leopardi, Proust, Stendhal, Montaigne... El dinero: «A mi entender –dice Pla–, la moneda es lo más importante en la vida: no me refiero a la moneda en sí, sino al precio de la moneda. He rechazado colaboraciones porque estaban demasiado bien pagadas». La juventud, «esa edad siniestra». El contraste entre la impostada indiferencia de siempre hacia su ingente obra («insignificante, yo no creo en mí mismo») y su pregunta, ya casi agonizante, al editor Vergés: «¿Se venden mis libros?». Las virtudes simbólicas que más apreciaba Pla: «el trabajo, el orden y la ausencia de cualquier exhibicionismo dramático». «El Cuaderno gris», que en 1966 marcó la frontera entre su consideración de periodista y su celebridad como escritor. Elusión del matrimonio: «Jamás me he metido en la vida de cualquier contemporáneo, sea hombre o mujer. De ahí que no me haya casado». Las cosas claras: «En política, todo se reduce a una cuestión transaccional.

Cuadernos de pensamiento político

Cuando la transacción termina, el desorden y el hambre son inmediatos».

Cachondo latente o eremita de masía, trotamundos hablador o vividor solitario del vuelo gallináceo más próximo, Pla se convirtió en la mayor fronda de la historia de la lengua catalana y en tallo principal de la lengua española. Con la

misma mezcla de calidad y sutileza de aquel a quien honra, Arcadi Espada nos presenta al hombre que alcanzó esa doble estatura literaria. Son las notas sobre un gigante. Acorde con ello, la nota que saca Espada es altísima.

IGNACIO TORRIJOS